

Días 99 y 100

¿Estamos dispuestos?

✦ **Richard Serrano**, es pastor bautista, músico, editor y educador teológico. Es pastor de la Primera Iglesia Bautista de San Antonio de Los Altos, Venezuela. Fue rector del Seminario Teológico Bautista de Venezuela. Está casado con Madeleyd Torres, con quien tiene dos hijos.

La encarnación como compasión

“Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y contemplamos su gloria, como la gloria del unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad”. —JUAN 1:14

Con Calvino se suele decir que en Cristo tenemos todo lo necesario para una buena teología: totalmente divino y totalmente humano. Buena parte de la cristiandad ha puesto su énfasis, casi exclusivo, en la divinidad de Cristo. Muchos cristianos hoy no se escandalizan cuando se atenta contra la humanidad de Cristo. ¿Y tiene esto importancia?

La mayoría de las herejías en la historia cristiana con relación a Cristo se ubican a un extremo y otro de su divinidad o su humanidad. Por ser lo más descuidado, pensemos por un momento en los riesgos de negar la humanidad de nuestro Señor, o mejor en las implicaciones de afirmarla.

Es revelador y hasta paradójico observar en Juan que “la Palabra”, es decir, el Verbo o *logos*, que es Dios mismo, “se hizo carne”. ¡Lo hizo por gracia! Él quiso por amor o solidaridad venir y “establecer una tienda” entre nosotros. Al hacerlo, nos dejó mirar su gloria llena de gracia y de verdad.

¿Podemos imaginar un mejor acto de compasión? En su encarnación, Cristo se hizo uno de nosotros para identificarse plenamente con nosotros en las miserias de nuestra humanidad y donarnos las riquezas de su Divinidad.

Jesús, siendo Dios, no se aferró a ello, sino que se vació y se hizo semejante a nosotros (Fil. 2:6-7). No lo hizo solo por ganar nuestra “salvación personal”, sino también por nuestro compromiso como pueblo suyo. Somos llamados a vaciarnos, identificarnos con la gente y darnos por su bienestar integral.

Oración

Señor, gracias por tu compasiva venida. Enséñanos ahora a ir al mundo con la misma actitud.

Familia, ¡haz lo que Dios te pide!

Día 99

Compasión desde la cruz

“Pero Dios demuestra su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

— ROMANOS 5:8

La cruz es el símbolo supremo de nuestra fe. La teología clásica ha propuesto cuatro significados básicos de lo que ahí ocurrió: propiciación, sacrificio, justificación y reconciliación. En la cruz, Jesús se dio para aplacar la ira de un Dios Santo y Justo, para sufrir nuestra muerte y ganar nuestra vida, para pagar nuestras deudas y declararnos justos ante la ley divina, para acercarnos a Dios y superar nuestra enemistad. ¿Podemos decir algo más a estos buenos sentidos?

Se ha corrido el riesgo de mirar en la cruz una especie de transacción externa. Hay algo más. La cruz es una locura. ¿Cómo pudo ser que alguien justo sufriera por los injustos? ¿Cómo pudo ser que alguien se identificara con mis miserias, siendo rico? ¿Cómo explico que haya dejado su gloria para asumir plenamente mi tragedia? ¿Por qué se echó encima tanta vergüenza y desprecio que yo merecía? “Al que no conoció pecado, por nosotros Dios lo hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21) ¡Y nada de eso fue fingido, ni simulado!

Por pura compasión Cristo eligió la cruz (Gál. 2:20). Al hacerlo, se identificó conmigo para que yo me identificara con él. Es decir, los beneficios de la cruz solo están al alcance de quien se hace uno con aquel que se hizo uno con nosotros en su muerte y en su resurrección. ¿Ya has correspondido a la compasión de la cruz?

Oración

Señor, tu cruz me muestra una compasión escandalosa, inexplicable e inmerecida. Ayúdame a corresponderte con una vida de amor, entrega y servicio.